

I

Me dijeron que te encontraría tumbada
aquí, sin ganas de verte ni ver a nadie,
con todas tus piedras regadas por el suelo,
oliendo a Prozac barato y naftalina.
La última vez que te vi, te salía una antorcha
gigante de la arena y un hombre con cara de romano
te lloraba el luto desde la playa.
Parecías tan efímera que nunca hubieras existido.
¿Qué fue de tus gusanos de seda – dime –
esos que guardabas con morera en una caja de zapatos?
Estabas leyendo en las revistas *The age of innocence*
y en tus ratos libres le prestabas la vida a los transeúntes.
Vengo a que me devuelvas la nostalgia que te presté.
Ahora que he aprendido que la esperanza es una flor
de cactus, prefiero creer que Dios existe
y que seré, por fin, un ciprés azul cuando me muera.
Lo de Lorca... me ha dicho que te perdona,
que tú no tuviste la culpa; te está rezando cantos de cisne
desde la gloria.
Lo ocultas bien detrás del maquillaje de *City Hall* que te pones,
pero yo sé que estás a punto de llorar lágrimas de brea.
Vamos, no alargues más esta visita,
no quiero acabar escribiéndote después un poema.
Ya vendré otro día, a ponerte flores,
cuando dejen de vender en el kiosco de la esquina
tus fascículos de futuro por entregas.

(Nueva York, otoño de 1945)

II

Yo tenía apenas veinte años
y tú estabas a punto de cumplir la eternidad.
Olías a mar, olías a no sé que flor de oriente
cuando te ponías uno de esos perfumes del tocador,
con toda la coquetería de una gran señora
que aún se miraba en los espejos.
Recuerdo la ropa de seda arrugada
que sacabas de un armario tan grande como todo el tiempo;
no sé si te dabas cuenta, pero me pasaba las tardes
mirando por la ventana la transparencia de tus vestidos.
Yo fingía que estudiaba esa lengua de los dioses antiguos,
pero me moría por recorrer cada rincón de tu cuerpo
y cometer todos los pecados posibles.
Recuerdo las batallas que me contabas
– sería como una cariátide - sobre tauromaquia y olivos de carne,
y esas en las que recitabas todo lo que habías hecho por los hombres
y lo mal que te trataban ahora;
ahora, que ya sólo eras una gran señora
a la que quitaron sus joyas y su aura
cuando la cosmética nada podía hacer por sus piedras,
y sus hijos yacían con su filosofía bajo la tierra.

Atenas, madre de las ítacas de cada uno,
prometo que no le contaré a nadie lo de nuestro incesto.

(Atenas, verano de 1896)

III

Recé para que lloviera. Sólo te faltaba eso:
la lluvia cayéndote por la cara y por tus senos de agua.
Sólo te faltaba eso. Y una sirena muda
recorriéndote los soportales.
Había oído hablar de ti, pero no te imaginaba.
Cuando te vi, con esa máscara y esos ojos
de leona en celo, pensé que se habían equivocado las olas.
Una cortesana venida a menos,
del entredós de seda al fustán de mirar por las ventanas,
de tus veladas perpetuas a... qué fue de tus amantes;
tú, la más elegante puta de todos los tiempos...
Un corazón de acuarela late, frágil,
al otro lado de tu cintura blanca.
No sé por qué pero no das lástima,
y no te lo digo por despecho,
es por si te despiertas una noche antes que tu orgullo
y lo atas a la cama – bien fuerte –
no se te vaya a escapar de puntillas
como hacen todos, dejándote unos besos flotando
por los canales
mientras tú te hundes en tu propio lecho de barro
y San Marcos se la pasa confesando las culpas
a las gárgolas del Vaticano.

Volveré a ti
cuando ya sea todo proa mi alma.

(Venecia, invierno de 1966)

IV

En la huida se les olvidó borrar un tatuaje.
Quitaron todo, se llevaron hasta las farolas y los pájaros
de las mañanas, el ruido de las sirenas,
y el cuajo de los muertos. Las estatuas con los puños en alto,
los diccionarios, el fuego de las calderas, la vergüenza,
los espejos... Intentaron llevarse
los rayos de sol que se cuelan por los cristales y hacen
olvidar un rato. ¡Cobardes! Sólo dejaron las estrellas
pintadas de zumaque y carros de niño volviendo a caer
por las escaleras. No se puede ser tan cobarde.
Y dejaron promesas anémicas
que nacen con las muertes contadas,
y un lote completo de paciencia en conserva.
En la calle *Arbat* aún se encuentra un puesto de trozos de memoria;
por dos o tres rublos, uno se puede comprar un manojo de dudas.
Se te llevaron todo. La luna se salvó por unos cuantos meses.
Se llevaron todo lo que no había.
Y tú te quedas ahí, parada, como un cuerpo sin vida
de arena roja y nieve. Viendo cómo te cortan una y otra vez las venas.
No intentes engañarme; aún llueve sobre el Moscova...
Tu silencio reina de octubre a mayo,
y de la oquedad que dejó tu vientre exhausto
se escapan huyendo de rabia los últimos suspiros que te quedan.

En la fuga se les olvidó borrar una pintada...
Escribiré un libro de historia con ella.

(Moscú, invierno de 1990)

V

Hola, qué tal. Bonita noche, ¿no?

Oye, ¿puede ser que me suene tu cara? yo te he visto antes;
no sé, me recuerdas a alguien. Seguro que nos conocemos.

A ver, déjame que te vea bien. Quizá así.

Péinate, ponte todo lo guapa que puedas,

– te voy a regalar un collar de perlas de recato –

verás que bien te sienta. Y unos pendientes de castillos en el aire
que hagan juego con la Plata de tu Mar.

Mírate; esto se llama espejo. Te lo cambio por un beso.

Qué tal te ves. Ven, vayamos a pasear. No sé si saliste alguna vez.

O mejor no – quedémonos – aquí dentro no se está mal.

Dime, cuál es tu profesión, ah... perdón,

quizá seas demasiado joven para trabajar.

qué torpe soy, te juro que me volverá a pasar.

No eres de por aquí, ¿verdad? ¿entonces de dónde?

Yo soy español, bueno, de dos calles más abajo,

pero tengo acento murciano, ¿y tú?... espera, no me digas:

parece que tengas Italia en las manos. No.

Déjame pensar, tus ojos son de color azul esperanza,

no puedes ser del sur. El caso es que tu cara...

no sé, me resulta familiar, ¿en qué documental te he visto yo?...

Ahora recuerdo: aquel sobre el tango del puerto.

Qué bien, ya nos conocemos. Quieres algo de tomar.

¿No? Voy a por mi chupa de cuero. Tranquila, ya pago yo.

Joder qué frío; al abrir la puerta se ha hecho enero.

Ven, te enseñaré las estrellas.

Aquella se llama...

... bueno. Da igual.

Espero que no seas tan silenciosa en la cama.

(Buenos Aires, verano de 2002)

VI

Te pones el vestido negro, inexorable,
después de rociar el Chanel número 5 con tu cuerpo
y maltratarme los ojos con la rendija de la puerta.
Sé que tenía que haber llegado tres copas de Champagne más tarde.
Me pides que te elija los pendientes;
me haces que los odie de envidia
y al final te pones los que te regaló tu marido.
En el piso de arriba, nos sobrecogen los orgasmos
de los recién casados en la funesta obstinación de quien no tiene memoria,
y nos quedamos un segundo entero
destapando en silencio la herrumbre de nuestros labios.
Esta noche todo el mundo te volverá a decir que estás preciosa.
Has contratado a otros oídos más voluptuosos para la ocasión,
pones la narcótica sonrisa de las mandrágoras
y les insinúas *l'Arc du Triomf* con una sutilidad digna de La Gioconda.
Algunos impíos se rozan contigo deliberadamente
y los veo echándose a los bolsillos tu voz
y masticar después, cual coctelero de gala,
las migajas de tu glamour reserva del 68.
Yo te miro desde lo alto de *Mon coeur*; desde allí alcanzo a ver
también esa espina gigante que te clavaron,
y que te duele – lo sé – subrepticia, inconfesablemente,

CERTAMEN
Jóvenes Artistas
DE CASTILLA-LA MANCHA
2005

Poesía
Miguel Ángel Arenas Haro
"Polisgamia"
Segundo Premio

detrás de las bambalinas del teatro.

No te molestes en llamar otra vez. Creo que la cobertura de mi móvil
ya te ha conjurado.

(París, siempre)